

# Estrellas-Mario Carvajal de la Fuente

Mario Carvajal de la Fuente



Image not found.

# Capítulo 1

## ESTRELLAS

Era una noche silenciosa encima del mundo. Las nubes rodeaban el cuerpo de la montaña. Chem estaba parado en el punto más alto, las manos metidas en los bolsillos de su viejo pantalón, mirando las millones de estrellas resplandecer en el cielo nocturno. Se veían muy cerca, demasiado cerca, como si... Chem alargó un brazo por encima de su cabeza, abrió la palma y tomó una estrella con el dedo índice y pulgar. Bajo la mano y la observó con aire despreocupado. El astro era azul y pequeño, mucho más que otros que a veces eran tan grandes como un balón. La sopesó y suspiró con desgana. Doblo la cintura, tomé impulso y arrojé la estrella. Siguió la parábola hasta perderla de vista. En unos segundos, la estrella formó una estela llameante. Pasando sobre todas las cosas, sobre el Mundo de Debajo. Tomé otra estrella de la misma forma, esta vez fue una roca sólida. La arrojé con toda la fuerza que tenía, la roca ganó velocidad a medida que avanzaba y el fuego la envolvió; ese tipo de rocas eran frías al tacto, algunas incluso tenían hielo, el cual se derretía y las hacía empequeñecer. Chem la observó con gusto, el resplandor se reflejaba en sus pupilas. Cuando terminé, me quedé mirando el vasto horizonte con una sonrisa nostálgica y con unos ojos que esperan algo que probablemente nunca pasará, pero conservan la esperanza. Dio media vuelta y caminé por la vieja ruta que el mismo construí con sus propias manos mucho tiempo atrás, adornada con flores y plantas hermosas. Podía cruzarlo con los ojos cerrados y de espaldas si quisiera. Todo era viejo en ese lugar, tan viejo como él. Al final, volví a dar otro vistazo, miré durante un momento y luego giré el cuello y proseguí, encogido de hombros y con caminar lento. Entré a su hogar, una pequeña pero acogedora casa, con una mesa de madera con dos sillas, una cocina con lo esencial, una sala con dos sillones en dirección a una chimenea que llevaba tanto sin encenderse que dentro habían vivido miles de generaciones de arañas. Fue directo a su habitación sin detenerse, se quitó la ropa y se colocó un pijama, se recostó en la cama, que ocupaba gran parte del cuarto, se cubrió con la sabana y cerró los ojos. Durmió al instante.

Se levantó junto con el sol, la luz entró por la ventana y bañó su cuerpo, haciendo brillar su cabello delgado y rejuveneciendo sus facciones por unos segundos. Tallo sus ojos y procedió a tender la cama, comenzó por el lado contrario al cual dormía. No estaba en particular desordenado, pero insistió en sacudir la almohada y dejarla lisa, incluso le hecho fragancia de fruta para mantenerla fresca. Las sabanas las estiro con suavidad para no arrugarlas y le quito las pelusas con un cepillo. Con un trapo húmedo limpio los muebles de junto a la cama, lo pasaba con cuidado, como si tocara a un ser amado después de mucho tiempo y no quisiera que se alejara. Miró al otro lado de la cama y frunció el ceño, las

flores del jarro estaban secas, marchitas. Necesitaban ser cambiadas, y sabía justo donde encontrar nuevas. Entusiasmado por su nueva actividad, se ducho, se vistió y fue a la cocina con paso veloz. Desayuno una manzana, una pera y uvas, acompañadas de un vaso de vino, tenía una cosecha entera de vino casero de quien sabe cuántos años. Dejo los platos en el fregadero, cogió una canasta y salió de la casa. Dejo la puerta abierta, no había nadie, ningún otro ser en ese lado, pero si a alguien se le ocurriera llegar, sería bienvenido. El sol irradiaba un calor matutino agradable, el cielo estaba despejado. Camino por la ruta hecha por el sin ninguna sorpresa o novedad, llegando a una bifurcación. Una lo llevaba a la parte más alta de la montaña, y la otra al segundo jardín. Tomo la segunda opción. Lo llevo a un lugar abierto, adornado con un lago muy pequeño. Tiempo atrás, encerró con rocas una parte, quedando una especie de piscina al aire libre. El agua sonaba al chocar contra las rocas, un sonido relajante. Paso de largo el lugar, pronto llego a una cerca de madera, donde en un tablón marcado con una caligrafía perfecta, se leía "Jardín de Elí". Entro, la canasta ondeaba en su brazo, el lugar estaba descuidado, los arbustos tenían ramas largas, disparejas. En el suelo el zacate largo y en partes seco. Pero los arboles seguían dando frutos, y las flores seguían coloridas. Chem fue al centro, era un círculo de tierra suave, con flores hermosas alrededor. Corto cuatro de ellas, con cuidado, desde la raíz. Eran color morado en las orillas, y el color del pétalo se iba haciendo más claro hasta llegar a blanco a medida que llegaba al tallo, que era color azul. Unas flores muy extrañas, ella decía que solo crecían allí, que no había iguales en ningún otro lado. Chem no podía asegurarlo, no conocía todos los lugares, pero le creía, aquellas flores eran especiales. Las metió en la canasta, y salió de ahí tan pronto como pudo. Se fijo en su izquierda, por que vino una corriente de aire y arrastro las hojas caídas en esa dirección, y vio un espacio entre dos árboles en la orilla. Las hojas volaron por ahí y quedaron danzando en el aire por todas direcciones. Chem fue al borde, dejo la canasta en el piso y se sujeto de las ramas para no caerse. La brisa ondeaba su camisa y cabello, la mitad de sus pies salían por el precipicio. Las nubes eran escasas, y podía contemplar sin obstáculos el paisaje. El Mundo de Debajo era interesante, mostraba montañas parecidas a la que él estaba, había bosques inmensos, lugares ardientes y lugares helados, miles de animales y ciudades de metal. Enormes ciudades de metal, con hogares muy altos, tan altos que algunos rozaban las nubes. El y Elí solían sentarse en la cima y contemplarlos juntos, señalando divertidos los sucesos que pasaban y los avances que hacían. Era sorprendente ver como de viviendas de piedra pasaron a convertirse en aquello tan grande, con maquinas que viajaban por el aire, como pájaros. Eran personas parecidas a ellas y tan diferentes. Elí fue la que apodo ese lugar como Mundo de Debajo. Ella siempre tuvo una curiosidad sobrenatural por ese lugar, tanto que le propuso a Chem vivir allí. Serán unos días, decía ella, si no nos gusta regresamos. Chem siempre pensó que si bajaban ella se enamoraría tanto que no querría volver a la montaña. Una fuerte ventisca lo empujo, tuvo que aferrarse al árbol para no perder el equilibrio. Asustado, se quito del lugar, recogió la

canasta y se fue apresurado. Tenía la garganta seca, así que se detuvo en el lago. Sintió el calor en su espalda, y decidió que merecía un chapuzón. Se quito la ropa, doblándola con cuidado y la dejó dentro de la canasta, donde no podría ensuciarse. Metió los pies primero, la sensación era fresca y agradable, fue metiéndose cada vez más y se sentó en un escalón dentro. El agua le llegaba al pecho, se acomodó y recargó la cabeza en una roca. Suspiro, y se quedó mirando el cielo, recordando cosas que quisiera volver a vivir. Despertó horas después. Vio a su alrededor, buscando. No vio nada y golpeó el agua con el puño. Salió de la piscina y se sentó en una roca, esperando secarse. Había sido real, muy real, como si hubiera estado realmente de vuelta. Había soñado con Elí, que estaba metida con él, desnuda, el agua en su cuerpo haciendo brillar su piel y resaltando las curvas. Se abrazaron e hicieron el amor. Al acabar, se quedaron pegados, murmurando palabras de amor. Chem sonreía y le cantaba al oído. Ella sonreía tímida y se acurrucaba en su hombro. Y despertó de pronto, y la realidad era que no la tenía a su lado, y eso le dolió mucho. Se puso la ropa cuando se seco y volvió a casa. Colocó las flores nuevas en el jarrón y lo acomodó a manera que le diera la luz del día. Y eso fue todo. No tenía otra cosa que hacer, como todos los días. Tomó una escoba y barrió el interior de la casa y después comió papas y zanahorias cocidas, acompañadas de brócoli y un vaso de vino y otro de agua.

La tarde pasó sin decir mucho, Chem pasó matando el tiempo con tareas caseras y siestas repentinas. Acabó agotado para la noche, en la cual salió, como en todas las noches, a la parte alta de la montaña. Vio al Mundo de Debajo, el mejor punto para observarlo. Y vio arriba, a las estrellas. Estiro el brazo y tomó una, la miró con resignación y la arrojó lejos. El objeto surcó el cielo nocturno, el lugar que cualquier ser vivo puede ver. Ellos verían la estrella desde muy lejos, muy pequeña, pero verían el movimiento, y el brillo de la estela. Estrellas fugaces, las llamaba Elí. Chem esperaba que el lugar donde se encontrara su amada, ella viera cada noche pasar las estrellas, llamándola para que volviera a casa. Chem llevaba mucho tiempo haciendo el ritual, ella no había regresado ni una vez, ni la había visto nunca desde que partió sin decir adiós. Pero tenía esperanza en que volvería, ahí la esperarían las flores, la piscina de roca y la cama suave. Y la esperaría Chem. Llamándola todas las noches con las estrellas. Lo haría hasta que volviera, hasta el fin de los días.